

económica, no se han superado las economías y poderes fragmentarios (“señoriales” y populares), no se ha generado un mercado interno ni un Estado-Nación eficiente e incluyente.

Para nuestro caso, en atención a la macrocefalia limeña, habría que precisar muy bien el término de centralismo para no confundirlo con el de centralización. Bajo la óptica propuesta, bien se refieran al Estado o a Lima, el centralismo expresa un proceso de aglomeración económica, política, social y cultural, caracterizada por su carencia de vínculos sólidos y articuladores con el resto de las regiones, economías y poderes del país.

La falta de centralización, articulación y diferenciación se expresa en:

- La debilidad de los vínculos de interdependencia funcional entre personas, regiones y sectores económicos.
- La existencia de una institucionalidad excluyente y la fragilidad de las instituciones.
- La precariedad y la falta de eficiencia y previsión de las organizaciones y los sistemas expertos (judicial, policial, estatal, salud y sanidad) en nuestro país.

El problema no es entonces cómo cortar vínculos con el centralismo limeño (o sus sucedáneos en las regiones

y provincias) o con el Estado, sino como crear vínculos económicos, políticos y culturales que nos potencien como sociedad y como individuos. El fortalecimiento regional pasa por superar la autarquía y la fragmentación económica y política, por institucionalizar y democratizar el Estado-Nación, por desarrollar e institucionalizar el mercado interno que garantice crecimiento con redistribución y capacidad competitiva.

Los dos imaginarios se fundan en estos procesos inacabados en nuestro país. Los ilustrados (económico y político) se piensan con categorías supuestamente universales que posiblemente guarden relación a sus condiciones de vida e institucionales, pero no expresan lo que es la organización general del país. El imaginario del sentido común expresa las distancias visibles en recursos y modos de vida entre grupos de peruanos que parecieran no tener nada en común.

Si entendemos los procesos y los imaginarios, podemos contribuir a salir de los linderos categoriales y de percepción para enfrentar los problemas centrales que nos afectan: no es posible construir regiones sólidas y prósperas con Estado-Nación y mercado interno débiles; y con escasos vínculos de interdependencia funcional, económicos y políticos entre las personas, las organizaciones y las instituciones. ■

EL ANÁLISIS DE COYUNTURA: REFERENTES PASADOS, RETOS Y POTENCIALIDADES

Rolando Ames Cobián

Profesor del Departamento de Ciencias Sociales PUCP

El análisis de coyuntura política cobró fuerza en Latinoamérica en los años setenta. Era tiempo de conflictos sociales profundos y manifiestos, con periodos prolongados de tensión y momentos críticos de desenlace, reales o en apariencia inminentes. Por eso las coyunturas eran relevantes. El análisis histórico estructural daba elementos para intentar leer a dónde nos conducirían las definiciones de viejas tensiones “cristalizadas”. Esas definiciones parecían a punto de jugarse y determinar en cualquier momento el futuro quizás por décadas. Se esperaba que las coyunturas críticas permitieran radiografiar la anatomía en movimiento de nuestras sociedades.

¿Subsistiría el régimen capitalista y en qué términos? ¿La democracia volvería a ser rota por un golpe militar? En la política, situada al centro de la sociedad, se decidían proyectos económicos y culturales alternativos muy distintos entre sí. Discernir el peso relativo de cada alternativa, aparte de hacer progresar el conocimiento científico ayudaba a que los actores políticos por los que el analista se inclinaba, pudieran actuar mejor según sus respectivos fines.

Hoy la política y el Estado nación no tienen ese peso central y determinante. En parte la iniciativa mayor viene hoy desde la economía global. De algún modo, el desenlace

que las previsiones anteriores anhelaban o temían ya se produjo. El poder se concentra en los llamados circuitos financieros y tecnológicos, “deslocalizados” que atraviesan las fronteras, pero que compiten también entre sí y en todo caso residen en cualquier parte menos en los Palacios de Gobierno. Analistas sistémicos y ciudadanos contestando encuestas coinciden —o coincidían— en la pérdida de interés en esta política. Las conexiones entre lo que ocurre entre partidos, ministros y parlamentarios resulta distante de los procesos más relevantes y el mirador político sobre el país, parece haber perdido su atractivo.

El análisis de actualidad más practicado hoy es por eso el que trata de las preferencias de la opinión pública por sus representantes o por los asuntos que define como de interés. Una medición fina de las agencias de sondeo a través de encuestas, grupos focales y entrevistas ha reemplazado a los ensayos de leer los procesos macro históricos. La política se analiza con los métodos de la economía, para adelantar el comportamiento de actores racionales ante el menú de alternativas propias a un “mercado político”. Se compara la evolución de las preferencias de cada sector en periodos muy cortos, con bases empíricas ordenadas, se supone, con alto rigor metodológico. Las coyunturas críticas serían en todo caso las electorales. Es allí donde se definen los cambios principales de una política acotada, menos relevante y menos todopoderosa. Parecen —y en parte son— más democráticas estas interrogantes sobre las opiniones generales y no solo sobre las decisiones voluntaristas de élites que monopolizaban la representación. Pero el cambio de método sigue al cambio de la realidad. No se esperaban modificaciones bruscas en el acontecer de un mundo que se creyó homogenizado en torno a la democracia liberal y supuestamente sin conflictos sustantivos al terminar los años ochenta.

A mi juicio, esta nueva década ha traído, sin embargo, otro viraje en la realidad política y en nuestras percepciones, más discreto pero tan profundo como el anterior. Se ha hecho evidente la relevancia que tienen sobre la totalidad social las decisiones de actores como organismos multilaterales y grandes empresas; y desde la sociedad civil han surgido también otros actores públicos. El análisis político no puede reducirse ya a lo que pasa en la opinión y en los poderes estatales o los partidos. La política internacional más decisiva hoy nos remite por ejemplo a un mundo unipolar, donde Estados Unidos, la potencia eje, se comporta con arbitrariedad frente a los débiles instituciones internacionales y muestra la exigencia de entender las relaciones de poder en todas sus dimensiones y motivaciones. No todo es reductible al análisis de intercambios racionales entre actores de un mercado equilibrado. Estamos en medio del estrecho y tenso con-

tacto entre civilizaciones distintas y precisamente por la fuerza de la globalización, la capacidad de influencia de los estados para incidir en los procesos globales se revalora día a día. Y en el extremo opuesto al de lo macro social, en el campo de la cultura y de las subjetividades, ocurren también cambios intensos que marcan la actualidad.

Los territorios siguen siendo el ancla para la vida social de las mayorías. Éstas requieren eficiencia de sus autoridades, pero también empatía afectiva con ellas. La sensibilidad de cada individuo a su vida cotidiana se acrecienta y aumenta el peso de las identidades y su exigencia de reconocimiento público en todas sus múltiples diferencias. El interés en lo local no ha desplazado a lo regional y nacional, mas parece que los está reubicando. Los partidos y las ideologías ya no cumplen ni cumplirán las funciones de antaño, pero la demanda de referentes informativos y de sentido sobre la existencia personal y colectiva se multiplica. En sociedades cada vez más complejas, la pregunta de “¿cómo vivir juntos?” se hace urgente y muestra la dimensión política y de ética pública de muchas actividades, mientras regresan al debate los varios significados de la democracia. El reto de lograr mejor representación política es reconocido casi unánimemente y alienta la búsqueda de otras formas de intervención pública e institucionalidad estatal.

En este marco, Latinoamérica sigue siendo la región más desigual y, en el área andina, el Perú se enfrenta a un debate explícito sobre las posibilidades o no de su viabilidad democrática. Respetables analistas externos dicen que podemos ser un estado fracasado, aunque tenemos mejores posibilidades de evitarlo que varios de nuestros vecinos. Pero, ¿de qué están hablando exactamente? El actual progreso de las ciencias sociales peruanas nos debe permitir planteamientos más rigurosos e integrados de carencias, logros y objetivos comunes. Y acompañar con el análisis las posibilidades de reformar las instituciones precisamente desde las conflictivas realidades presentes. La democracia se enraiza cuando tiene como actores directos a los grupos diversos de cada país. Y ante ese riesgo, pero también potencialidad, estamos los peruanos, sin darle a esta transición el aliento y la trascendencia que aún puede tener.

He esbozado este simplificado cuadro evolutivo para incidir en la novedad de un tiempo que requiere el seguimiento de análisis de actualidad pluridisciplinarios para entender y orientar mejor el curso objetivamente abierto de la Historia del Perú. El mirador de la política ya no nos sitúa quizás en el lugar del mayor poder, pero sí en el de la coordinación y el gobierno que es indispensable para los múltiples actores y planos de la vida social. Y en el trabajo interdisciplinar que esta nueva publicación alienta, la ciencia política puede ofrecer un enfoque de encuentro útil a todos. ■